

EDITORIAL PRENSA ASTURIANA, S. A.

La Nueva España

Director: JOSE MANUEL VAQUERO

Subdirector: MELCHOR FERNANDEZ DIAZ

Redactor jefe: JULIO PUENTE

Jefes de sección: MARIO BANGO, PEDRO PABLO ALONSO

Administrador: LUIS GONZALEZ

Redacción, Administración y Talleres: Calvo Sotelo, 7.-33007 OVIEDO
Teléfono centralita: 230550 (5 líneas). Teléfono publicidad y esquelas: 231985
Télex 84.122 EPAS. Apartado de Correos: 233-33080, OVIEDO

Depósito legal O-2-1958

Control de difusión

Aquí y ahora

Nunca llores por una carroza



Faustino F. ALVAREZ

ESA muchacha, Sandra Fernández, que iba a ser reina por un día en las pasadas fiestas de San Mateo, aún padece ahora las secuelas de la intoxicación que sufrió en septiembre. Los sueños juveniles de presidir las fiestas de su ciudad fueron frustrados por un bichito, como diría el ex ministro Sancho Rof, llamado «salmonella». El gozo de la elección de la muchacha se convirtió, muy pronto, en fiebre, mareos y dolores de cabeza que aún persisten. No sé si esto es una historia de «Blancanieves» o un poema de Rubén Darío; pero, ciertamente, se trata de una faena. Ni la Sociedad Ovetense de Festejos había programado esta desgracia ni el restaurante que sirvió el postre en mal estado tenía intención de intoxicar a Sandra Fernández, pero la desgracia y la intoxicación están ahí: servidas, asumidas y sufridas. La efímera gloria de las reinas festivas tuvo, en este caso, una amargura infrecuente. No sólo fue imposible desfilar por la calle Uria, entre charangas y aplausos, sino que también se asistió actualmente a clase, hacer vida normal y sentir el volcán vital de los catorce años.

Esta historia tiene su moraleja. En la época en que las carrozas del «Día de América» eran coronadas por hijas de papá, de la hoy maltrecha burguesía local, no había intoxicaciones: la hipócrita rutina de las tradiciones provincianas impedía a virus y bacterias poner su mano venenosa sobre los alimentos de aquellas damas felices. Los globos blancos de los ricos, además, disponían de una artillería de campaña mejor

dotada y las defensas inmunológicas se adiestraban en campos de batalla de pago, con recoge-pelotas y mozos ayudantes. Sin embargo, cuando las carrozas se democratizan y para ocupar su trono es designada una muchacha propuesta por la Asociación de Vecinos de Fozaneldi —es decir: una muchacha normal, llana, hermosa gente del pueblo—, un misterioso diablillo, que ya andaba por «La Regenta» y que conoce muy bien lo que sucede de tejas hacia abajo en las casas de Vetusta, interviene y deja a la joven reina fuera de combate. Existen detalles, en la estructura del localismo más estúpido, que se resisten a los mandatos de la razón y se atrincheran en la nostalgia de las castas y de los privilegios de un estéril «Oviedín» ya periclitado. Del mismo modo que hay gentes de negocios o políticos que acuden a la echadora de cartas o al mago para adivinar su futuro, yo recurri a la misteriosa bola visionaria del espíritu carbayón para poder ofrecerle a la pobre Sandra Fernández alguna pizca fantástica sobre su dolor. También, para ofrecerle un poco de esperanza: tranquila, que la batalla está ganada, y tanto los dolores de cabeza como los mareos están producidos por el aire que remueven, al doblar para siempre sus ropajes, quienes han aprendido, a la fuerza, que todas las muchachas del mundo son iguales.

Eres muy joven, Sandra, y conviene que sepas estas cosas para, después, almacenarlas en un olvido generoso. Nunca llores por tu carroza inalcanzada. Hay otros muchos juegos en la vida.

Las frases del día

Lorenzo Contreras: Es evidente que no hay nacionalismo tranquilizador en el País Vasco.

Antonio Izquierdo: El día que la imagen de España inspire amor y no odio y que se glorifiquen las gestas de sus hijos, no habrá mozos que estúpidamente renieguen de algo tan hermoso como servirla.

Ismael Medina: Padecemos hoy en España una sobreabundancia de cómplices y de imbéciles.

Romeu: Pues yo le diría a Felipe que menos viajesitos y charlas por ahí, y más bajarse al extrarradio de por aquí, que también hay mucha deuda y mucha desgracia que contar.

Manuel Céspedes: Negociar con Dudú es pan para hoy y hambre para mañana.

Julen Guimón: Si todos quieren todo y ahora, nunca nos pondremos de acuerdo.

Pedro Solbes: España está poco preparada para afrontar la situación de libre competencia comunitaria.

Manuel Alcántara: Ni Dudú ni Garaikoetxea dan de sí para más de un día de conversación, por muy grave que sea lo que digan o lo que hagan. Sólo Maradona es un tema inagotable. Nuestro único esplendor está sobre la hierba de los estadios.

Joaquín Sabina: Nunca he creído que fuera ni músico ni cantante.

Emilio Romero: Nosotros somos euroamericanos.

Alfonso Armada: Soy un demócrata de toda la vida.

Carmen Rico Godoy: Un líder político no puede ser gordo.

Carlos Dávila: Era José María Ruiz Gallardón lo que se dice un buen tipo.

Iñaki Anasagasti: La actuación del ente público TVE empieza a hacer que añoremos al señor Calviño por la manipulación que sufrimos.

El diputado Schmidt

Luis MEANA MENEDEZ

«Schmidt-Schnauze» lo llaman los colegas, con esa mezcla de respeto y de temor que inspiran ciertas lenguas peligrosas, lo que, traducido, viene a ser algo así como pico, loro o deslenguado-Schmidt, en alusión a su retórica incisiva y penetrante, repentina y afilada. El diputado Schmidt —Hamburg— abandonó hace unas semanas, después de 33 años de presencia ininterrumpida, la política, o, para ser más exactos, la escena política, después de haberlo sido todo en ella: candidato, diputado, jefe de fracción, ministro y canciller. Incluso después de haber sido lo que casi nadie, en principio, hubiera dado por posible: un derrotado. Que tuvo que ver cómo una medianía le pasaba el rodillo de los votos por encima y le apeaba de «su» cancellería, por esas cosas, por esos excesos estadísticos que tiene la democracia, y que seguramente está bien que los tenga.

No me puedo imaginar una hora más negra para el arte de la representación desde la muerte de Humphrey Bogart, su antecedente más claro y más similar en el oficio. Ambos pulcros y pulidos, los dos en el papel de duros, sin una concesión a la sentimentalidad, asentados siempre en el torreón de la distancia. El diputado Schmidt ha sido el actor más grande que ha visto el Parlamento alemán de la posguerra. El pelo imponentemente blanco. El corte exacto. El terno planchado e impecable. La retórica cortada por el mismo maestro y con igual cuidado que el traje. El porte de galán siempre en los mejores años, independientemente del número de ellos pasados. La distinción profesoral de un cátedro, pero no de esos catedráticos chusqueros españoles a los que nos hemos ido acostumbrando, sino del prestigioso y sapiencial «Professor» centroeuropeo. Con el saber técnico tan moderno del «Weltökonom» —nada que ver con esos economistas con botas vaqueras que se llevan ahora— como a él gustaba representarse y como a algunos les gustaba caricaturizarlo con un semioculto aire de venganza. Y, por encima de todo, la pose, sobre todo la

pose: el gesto arrogante en el momento despectivo más oportuno, el rapé siempre dispuesto como signo inequívoco de su desatención más desconsiderada al borde de turno, la forma de detener un párrafo para que se calentara más todavía la sala y se removieran todavía más los cuerpos de los adversarios en las sillas, la frase corta, unas veces baja, otras rápida y casi masculada, y ese aire permanente de estar por encima de lo mortal y los mortales. ¿Puede pedirse más a una pose arrogante, que tanto le criticaron?

Todos los grandes actores pasan un día a la historia gracias a la representación de un determinado papel. Peter O'Toole por «Lawrence», Brando por el «Padrino», Burton y la Taylor por el matrimonio académico de «Virginia Woolf». El papel magistral por el que el diputado Schmidt quedará para siempre en los libros de la farsa es el del político según el guión de Max Weber. Lo representó 33 años seguidos sin que le pillaran nunca en una repetición. Y lo mismo que la cara, la figura, o el cuerpo de Alec Guinness es ya para siempre la cara y la figura de Smile, el diputado Schmidt será ya para siempre la figura del político tal y como lo ideó Weber. Nadie podrá ya en lo sucesivo leer el texto de éste sin imaginarse al diputado Schmidt. El aire de gobernante reflexivo, equilibrado y responsable, con visión y comprensión —el Verstehen— del todo, que no pierde nunca los papeles, dominador y con dominio, valiente, trabajador y seguro, con talante de mando, pero sin asomo autoritario, frío, sereno, sin que se le note nunca un truco, una trampa, aunque las haga, honrado hasta lo immaculado, y con el carisma brillante de la capacidad, de la preparación y del talento superior. Un político modelo en la función de un diccionario al que se acude para ver lo que es y ha de ser. Está en el diccionario. Y vale. Lo dice Schmidt. Y vale.

En esa hora de abandono y de separación quien más pierde es el teatro, el teatro en general y la farsa, drama, tragedia y comedia

particular de la política. Tras Wehner desaparece la segunda figura de la legendaria Troika de la no menos legendaria socialdemocracia alemana. De esa vieja guardia queda ya sólo Brandt. Y de la importante lista de figuras secundarias de los viejos tiempos, retirado ya Leber, quedan sólo Wischnewsky, Bahr, Vogel y poco más. Vienen detrás una tropa de jóvenes aspirantes, pero todo parece anunciar que la llamada generación de los nietos no será precisamente la quinta del Buitre. Y de los socialismos y socialdemocracias del Sur —que tan creídos o convencidos están de representar el relevo creador que pide paso— puede también dudarse que sirvan para mucho más que para llevarle el café a la cama a esa socialdemocracia centroeuropea que marcó una época, a pesar de todas sus limitaciones históricas. Con el diputado Schmidt desaparece quizá también el mejor gobernante alemán —y acaso hasta europeo— de la posguerra (con permiso de De Gaulle y otros Adenauers). Seguramente, en la hora de la retirada, el SPD habrá vuelto a mesarme mil veces los cabellos por el error histórico de haber contribuido a la defenestración del mejor estadista que tenía. Pero son cosas que pasan. Como se supone que los conservadores españoles se habrán tirado cien mil veces de los pelos por haber tumbado a Suárez, el único capaz de haberles dado el poder. Que hay aquí un paralelismo evidente.

Un adiós memorable

Hace un par de semanas el diputado Schmidt se despidió de la política como se le suponía, con una representación excepcional. Como todas las suyas. Porque en el oficio mezcló tan bien la ética con la pragmática, la diosa a la que dio su máxima veneración, que hasta parecía que no sufría ninguna de ambas, lo que, en realidad, sabemos que es imposible. Al final, ese arte hasta consiguió que muchos se reconciliaran con la política, y casi, casi hasta con la autoridad. Viendo a aquel actor grandioso cualquiera

A corazón abierto

La «loto»



Jaime PEÑAFIEL

Soy de los periodistas que piensan que el secreto profesional no prescribe con el paso del tiempo. Ello me impedirá, a veces, revelar o desvelar los nombres de algunos protagonistas de nuestras historias, protagonistas que en su día prefirieron tirar la piedra y esconder la mano.

Pero como yo he prometido hablarles «a corazón abierto», estoy seguro de que, con los datos que facilite, el lector inteligente sabrá identificar a los «héroes» de nuestros relatos, siempre que no se encuentre con el extraño personaje que un día quiso hablar con el director, de forma confidencial, para intentar negociar «una gran exclusiva». Fue algo así como «rizar el rizo», «el más difícil todavía», «lo visto» a lo largo de mis veinte años al frente de la prensa del corazón. Porque durante todo este tiempo yo he escuchado los relatos más apasionantes y extraños, realizadas las más sorprendentes entrevistas, negociado embargos, nacimientos, bautizos, noviazgos, bodas, adulterios, separaciones y vuelta a empezar incluso con los mismos protagonistas. Pero lo que voy a contar, por insólito, original y complica-

do, no me había pasado jamás y difícilmente podré olvidarlo.

Me imagino que ustedes habrán jugado alguna vez a la «loto». Pues bien, algo así o más complicado fue lo que me propuso un intermediario que deseaba vender, en exclusiva, la historia de las relaciones extramatrimoniales de un personaje, muy famoso él, casado y padre de familia, con una dama no menos famosa ella, de la que esperaba un hijo.

Ante la pregunta de cuánto estaba yo dispuesto a pagar, me negué a dar cifra alguna, lógicamente, hasta no conocer la iden-

tidad de los personajes en cuestión.

—¡Hombre! Si usted no me paga antes, yo no puedo decirle los nombres porque, si se los digo y luego no llegamos a un acuerdo, usted ya los conocería y podría publicarlo...

Aunque sé que, por lo general, «el ladrón cree que todos son de su condición», le hablé de ética profesional e intenté razonarle:

—Si yo no conozco la identidad de los protagonistas de la historia que me quiere vender, no podré hacerle oferta alguna. Usted debe saber que no vale lo mismo una marquesa que una folclórica, un ministro que un marqués,

un cantante que un empresario. Esto, cada uno por separado. Si a ello sumamos que la marquesa se lia con el ministro, por ejemplo, el precio se incrementa mucho.

Ante este argumento, de una lógica aplastante, el intermediario de la venta del retorcido enredo sentimental debió pensar que yo llevaba razón. Guardó silencio durante unos segundos y cuando creí que se disponía a facilitarme los nombres, hizo una de las proposiciones más deshonestas e insólitas que haya escuchado jamás un director de una revista.

«Llevo usted algo de razón», me dijo. «Por lo tanto, le propongo una fórmula. Yo hago dos listas, una de famosos y otra de famosas y usted va combinando los nombres de unos y otras, poniendo precios según la cotización actual de cada uno en el mercado. Si acierta en la combinación y el precio que usted fija entra en los cálculos que yo tengo, la historia es suya...»

Nunca supo los nombres de aquel adulterio de famosos, ya que todo tiene unos límites. Así que me levanté, e indicándole la puerta, le dije:

—Ni ésa es la Dirección General de Loterías ni yo juego jamás a la «loto». ¡Fuera!



Ramón, en «Ya»